

Finalmente, Alessandra Coppola: estudia el valor político, en época augustea, de la figura de Diomedes, que se habría reflejado en un poema de Julio Antonio alternativo a la *Eneida*.

Sea bienvenida, pues, la serie monográfica, a la que, por el valor de los trabajos y por el prestigio de su inspirador, se le puede augurar un brillante futuro.

D. PLÁCIDO

M. BERNAL, *Black Athena. The afroasiatic roots of classical civilization. Volume 1: The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985*. London, Free Association Books, 1987. 575 pp., figs.

Pocas veces una obra dedicada a la historia antigua mediterránea contiene una carga polémica de la envergadura y la profundidad de *Black Athena*. Prueba del interés general que ha despertado es que el primer volumen, editado en 1987, fue reimpresso ese mismo año y de nuevo en 1988. Este primer tomo, de los tres proyectados por su autor, Martín Bernal, constituye un auténtico desafío a la imagen que tenemos de la Grecia antigua y a su posición dominante en el origen de la cultura europea, tal como ha sido concebida en los últimos doscientos años, y tal como se sigue enseñando en las universidades de prácticamente todo el mundo. Si la perspectiva de Bernal es acertada y tiene en los próximos años la suficiente repercusión entre la crítica, y es capaz de desarrollar eficazmente nuevas líneas de investigación en este sentido, podríamos encontrarnos ante la sustitución del paradigma creado en el siglo XIX por la *Altertumswissenschaft* alemana, que hegemoniza actualmente los estudios de la Antigüedad.

Como afirmaba Kuhn, el conocido filósofo de la ciencia —en una cita que recoge el propio Bernal—, aquéllos que iniciaron un cambio de paradigma han sido o muy jóvenes o muy nuevos en la disciplina cuyo paradigma cuestionaban: estos serían, entre otros, el caso de Einstein en la Física y probablemente el de Martín Bernal. Este, que inició su carrera como fellow en el King's College de Cambridge durante algunos años, para pasar después a ser profesor en la Universidad de Cornell, no es por su formación un historiador de la Antigüedad, sino que proviene del campo de la sinología, a la que dedicó más de veinte años de su vida como historiador. Sin embargo, su indudable formación teórica y metodológica, y sobre todo, el hecho de haber ocupado más de diez años de investigaciones en el campo de la historia, arqueología y la filología de la Antigüedad, así como el contacto con numerosos especialistas en estas materias, avalan plenamente la competencia de Bernal.

Por diversas razones de índole personal, Bernal comenzó a mediados de los años 70 a interesarse por la historia y la cultura de los judíos, fenicios y cananeos en general. Influenciado por las obras de M. Astour y C. Gordon, y gracias a su facilidad para el estudio de las lenguas y a sus vastos conocimientos de lingüística, Bernal comprobó tras varios años de estudio cómo algo más del 25 por 100 del vocabulario del griego clásico tiene su origen en las lenguas semitas, y casi otro tanto del mismo tiene mucho que ver con el antiguo egipcio. Este hecho podría ser explicado para Bernal aceptando un fondo de veracidad en las leyendas griegas que atribuían a fenicios y egipcios la autoría de antiguas colonizaciones en la Grecia continental. Lo que para Bernal resultaba evidente no lo es, ni mucho menos, para la historiografía sobre la Grecia antigua y sus orígenes, y en este punto comenzó la exhaustiva investigación de Bernal.

Su deseo de comprobar si los propios griegos concedían algún crédito a estas antiguas noticias y el tratamiento de las mismas en la moderna literatura histórica llevaron a Bernal a escribir una de las más profundas reflexiones sobre la historiografía de la Antigüedad jamás emprendida.

El resultado está constituido por tres volúmenes: *The Fabrication of Ancient Greece, Greece European or levantine?* y el tercero y último, *Solving the riddle of the Sphinx*. En el primero, que aquí se reseña, se introduce el marco conceptual que preside la obra y se aborda una labor inicial de crítica teórica e historiográfica en términos de sociología del conocimiento. En pocas palabras, Bernal viene a proponer que nuestro conocimiento de la Grecia antigua, así como nuestra visión del antiguo Oriente y Egipto están mediatizadas por una lectura racista, romántica y positivista de la historia, nacida al calor de una visión tradicionalmente europocentrista en la ciencia occidental, y por la ideología de la supremacía racial y cultural acuñada para justificar el imperialismo y el colonialismo europeos de los siglos XIX y XX. Esta lectura que negaba cualquier relación con Oriente en el origen de la cultura griega, atribuido a los invasores arios indoeuropeos, constituiría el modelo ario. Dicho modelo sustituyó al modelo antiguo, definido por la idea que tenían los antiguos griegos de sí mismos y sus orígenes, en la que admitían las influencias de Oriente y Egipto en la formación de su cultura.

El modelo antiguo fue liquidado por la historiografía occidental decimonónica, no por su incapacidad explicativa desde el punto de vista científico, sino por causas externas al mismo de orden racial, político e ideológico: «para los románticos y racistas de los siglos XVIII y XIX era simplemente intolerable que Grecia, que era vista no como el mero epítome de Europa, sino también como su pura infancia, hubiera sido el resultado de la mezcla de nativos europeos y colonizadores africanos y semitas. Así pues, el modelo antiguo tenía que ser derribado y sustituido por algo más aceptable».

El primer volumen de *Black Athena* está dedicado a definir exactamente el modelo antiguo, a desentrañar por qué razones fue arrinconado y cómo y en función de qué intereses políticos, ideológicos y académicos se construyó el modelo ario en Alemania y el occidente europeo. En la introducción al volumen 1, Bernal incluye un extenso resumen del contenido de los dos restantes volúmenes de *Black Athena*, de inminente publicación: en el segundo, el autor compara la eficacia de ambos modelos, el antiguo y el ario, en lo concerniente a las fuentes documentales, analizando las fuentes literarias, la lengua, topónimos, datos arqueológicos, etc. El tercer volumen constituye una aplicación de la alternativa de Bernal, el modelo antiguo revisado, para explicar algunos aspectos oscuros de la religión y la mitología griegas<sup>1</sup>.

Centrándonos en el primer tomo de la trilogía, *The Fabrication of Ancient Greece*, hay que reconocer que Bernal sabe mantener el interés del lector hasta las páginas finales, sobre todo si está particularmente interesado en el análisis historiográfico. La vastedad y la complejidad de los temas abordados son resueltas con la lectura y el estudio crítico tanto de obras originales desde el siglo XVI, como de las aportaciones de la crítica contemporánea especializada en esos aspectos. Sin embargo, es precisamente la gran variedad de temas interrelacionados entre sí, a los que se ha de asomar necesariamente el autor, la que hace que la estructura del libro se resienta un poco, dando alternativamente algunos pasos adelante y atrás en la exposición argumental, al conjugar el criterio temático que el diacrónico, por lo que necesariamente, en ocasiones, el autor ha tenido

1. En los amplios resúmenes de ambos volúmenes (pp. 38-73) se puede encontrar la relación precisa de los temas tratados por el autor por capítulos.

que retornar sobre algunas cuestiones ya expuestas. Pero en cualquier caso, es el tributo que hay que pagar al escribir una obra tan compleja como la que nos ocupa.

*The Fabrication of Ancient Greece* se inicia con un primer capítulo dedicado a exponer las distintas tradiciones que componen el modelo antiguo y a analizar las fuentes que lo sustentan, tales como Esquilo, Herodoto, Platón, Isócrates y otro autores helenísticos. Esencialmente se trata de las leyendas de la llegada del egipcio Danaos a Argos, o la del fenicio Kadmos a Tebas, quienes introdujeron en Grecia la escritura, las ciencias o los códigos de leyes. De hecho, algunas fuentes griegas reconocieron el importante papel de Egipto en los orígenes de la religión griega y Bernal resalta las conexiones entre la filosofía griega, sobre todo el pitagorismo, con Egipto. Los dos capítulos siguientes tienen como objetivo el seguimiento de la imagen de Egipto en occidente desde el Renacimiento hasta la Ilustración, y la transmisión de los restos de su sabiduría a través de Grecia, Roma y el cristianismo. En la Edad Media y en el Renacimiento se transmitió la antigua filosofía y la religión egipcias personalizadas en el pensamiento de Hermes Trismegisto, una versión de Tot, el dios egipcio de la ciencia, y a través del hermetismo y los textos herméticos. En éstos se formaron humanistas del Renacimiento como Marsilio Ficino, quien tradujo algunos de ellos, y en los que hay que buscar parte del fondo neoplatónico del origen del humanismo renacentista, o científicos como Giordano Bruno y Copérnico, cuyo sistema heliocéntrico estaba originado en la noción egipcia del sol divino conservada en la sabiduría hermética. Como ha puesto de manifiesto Bernal, en la intensa recuperación de la cultura griega, acompañada de un vivo interés por el antiguo Egipto que se produjo en Europa occidental a partir de los siglos XV y XVI, se mantuvo el modelo antiguo, aceptándose el origen egipcio y oriental de los conocimientos y la cultura griegas sin ningún tipo de problemas. Más aún, una de las razones por las que se admiraba a los antiguos en la Edad Moderna fue, precisamente, por su mérito de haber transmitido y preservado la sabiduría egipcia.

En los siglos XVII y XVIII, y especialmente con la Revolución Francesa, el antiguo Egipto conoció el cenit de su trascendencia como referente cultural en occidente. El racionalismo de la Ilustración, que rompió con el cristianismo como elemento feudal, se interesó por civilizaciones no europeas como Egipto y China, las cuales eran vistas como culturas superiores racionales, creadoras de la más antigua filosofía. Personajes como Newton, Montesquieu o Gibbon reconocieron la importancia de Egipto, que también inspiró a través de los textos herméticos las ciudades perfectas en las utopías de Bruno y Campanella. Asimismo, historiadores de Grecia como Mitford admitían la deuda de la cultura griega con oriente. El hermetismo y Egipto se mantuvieron vivos, además como inspiradores de sociedades secretas como los rosacruces en el XVII y la masonería en el XVIII, lo que resulta de singular importancia, pues este tipo de sociedades acogieron en su seno a todos los ilustrados relevantes. Ambos movimientos reconocían en Egipto la fuente de toda la ciencia y la filosofía y utilizaban su simbolismo. En este contexto se explica perfectamente la trascendencia de la expedición de Napoleón a Egipto en 1798: no en vano los miembros científicos de la expedición creían que en Egipto encontrarían la solución a los problemas esenciales del conocimiento.

Sin embargo, al mismo tiempo se desarrollaban otras ideas en Europa contrarias a Egipto, especialmente en el último tercio del siglo XVIII. Martín Bernal señala cuatro fuerzas ideológicas principales en la liquidación del modelo antiguo. El cristianismo en su reacción contra la Ilustración, por un lado, y el romanticismo filoheleno en auge, por otro, se aliaron contra la tradición del origen egipcio de la cultura europea con un

arma común que es la tercera fuerza: el concepto de «progreso», según el cual la historia avanza linealmente y lo más reciente es lo mejor. La cuarta y última fuerza fue el racismo, que a partir de finales del XVII y de la colonización de América, la exploración de nuevas tierras o la práctica de la esclavitud de los africanos, fue extendiéndose en el pensamiento europeo desde lugares comunes tales como que el clima y el paisaje europeo eran los mejores, o que cada raza contenía una esencia inmutable en el tiempo que hacía mejores y peores a los hombres. De este modo comenzó a implantarse la supremacía de Grecia sobre Egipto, cuya imagen de estabilidad como civilización se volvió en su contra, pues se pensaba que estaba anquilosada frente a otras culturas más dinámicas como la que representaba la Grecia antigua, que supondría necesariamente un estadio de «progreso» más avanzado, situado en Europa y protagonizado por europeos. En este sentido, la visión romántica e idealizada de los griegos y su arte aportada por Wincklemann en 1764 fue decisiva: frente al arte imperfecto e infantil de Egipto, este autor oponía la madurez, la sencillez y la nobleza del sublime arte griego.

Un aspecto esencial fue la cuestión lingüística, magistralmente estudiada por Bernal en el capítulo V de *Black Athena* y estrechamente relacionado con el romanticismo y el racismo. El griego y el alemán son dos lenguas con elementos gramaticales en común que se identificaron como las lenguas de la reforma protestante a la iglesia romana y el latín. Al mismo tiempo, la conquista europea de la India y el auge de los estudios del sánscrito contribuyeron a la creación del tronco de las lenguas indoeuropeas, de las que el alemán sería la más pura y antigua, y por tanto, los que la hablaban constituían el grupo más puro de la raza blanca. La lengua griega y el alemán, por sus características intrínsecas eran consideradas las únicas capaces de generar un pensamiento abstracto y filosófico frente a las lenguas semitas, limitadas por su propia naturaleza y menos desarrolladas.

Un papel decisivo en el desarrollo y difusión de estas ideas en clave científica, al que Bernal dedica especial atención en los capítulos V y VI, fue el que jugó la Universidad de Gotinga, fundada en 1734 por Jorge II, rey de Inglaterra y elector de Hanover. Esta universidad alemana fue la primera en romper el esquema de la universidad medieval y un embrión de las modernas universidades. En ella se hizo la primera clasificación racial de la historia, y en ella se desarrollaron las clásicas hasta ser la cuna de la *Altertumswissenschaft*, establecida como una disciplina académica pionera con sus seminarios, revistas periódicas, etc. La reforma del Estado prusiano de principios del XIX, y en concreto la reforma educativa, estuvieron protagonizadas por hombres de Gotinga como Von Humboldt, que entendían que el estudio de «la Antigüedad en general y Grecia en particular» podía ser una excelente forma de cultivar una tercera vía ideológica entre la revolución y el antiguo régimen, dirigida a las clases dominantes alemanas, especialmente cuando éstas identificaban el ideal político griego con el ideal político alemán. Este modelo educativo y de universidad sería en buena medida adoptado en Gran Bretaña en el primer tercio del siglo XIX, donde además se seguiría el mismo tipo de investigación en clásicas desarrollado en Alemania, introducido desde Cambridge por historiadores como Arnold, Hare o Thirwall.

La glorificación y la idealización de Grecia por este movimiento filoheleno llegó a unos extremos tales que, según algunos autores analizados por Bernal, los griegos trascendían la historia misma. En un momento en que el racismo alcanzaba cotas mayores y en el que la Grecia contemporánea trataba de independizarse del imperio otomano, el modelo antiguo era cada vez más intolerable, pues implicaba que pueblos racialmente inferiores como los semitas habrían influido decisivamente en la cultura

griega. Junto a ello, y como Bernal subraya, hacia 1850 la familia de lenguas indoeuropeas y la raza aria originaria de Asia Central se encontraban ya firmemente establecidas entre los estudiosos. Ello contribuiría de forma determinante en la destrucción del modelo antiguo, que se había materializado años atrás en la obra del investigador alemán de Gotinga, el positivista romántico K. O. Müller. Su aportación llegó a ser un auténtico pilar de la *Altertumswissenschaft*, con trabajos como *Historia de las tribus y ciudades griegas* (1820-1824). Aunque anteriormente el francés Petit Radet había realizado el primer ataque contra el modelo antiguo en el primer decenio del siglo XIX, no fue sino con Müller cuando se produjo el primer intento serio de desvirtuar las evidencias sobre las que se apoyaba el modelo antiguo, que a pesar de no ser concluyente, según señala Bernal, fue ampliamente aceptado.

Además de la de Müller, la construcción del modelo ario fue posible mediante la aportación anterior de autores como Niebuhr, quien aplicó a Grecia el modelo de invasiones desde el norte utilizado en la historia de la India y en la historia de Francia. Los dorios y arios del norte venían así a sustituir a los egipcios y fenicios en la formación de la cultura griega. En la implantación del nuevo modelo ario jugaron un importante papel los lingüistas indoeuropeístas, que necesitaban, a su vez, explicaciones históricas satisfactorias para apoyar sus relaciones lingüísticas. En este sentido, los trabajos de los hermanos Curtius sobre filología e historia griegas, o los del francés Gobineau, que entendía la historia de Grecia como la lucha del espíritu ario griego del norte con el espíritu semita del sur, fueron decisivos para la definitiva adopción del modelo ario en la década de los 50 del siglo pasado.

Otro de los aspectos magistralmente tratado por Bernal en los capítulos VIII y IX es la imagen que la investigación europea tenía de los fenicios en el siglo pasado y en éste. Para Bernal, el rechazo de los fenicios como elementos formadores de la cultura griega tiene como causa esencial el antisemitismo, puesto que se admitía una estrecha relación entre fenicios y judíos. Los pueblos semitas eran inferiores a los de origen ario según la creencia más generalizada, que intentaba ser demostrada «científicamente» por investigadores de todos los campos, desde la anatomía a la filología, pasando por la historia. Incluso investigadores de la cultura fenicia como Movers, o ya en este siglo Carpenter, atribuían determinadas características culturales a los fenicios en virtud de su contacto con pueblos originarios del norte como los asirios. En este contexto no deja de llamar la atención la particular posición de la Inglaterra victoriana, que se identificaba con los fenicios por las características comunes de ser pueblos comerciantes y marineros, que poseían un imperio en ultramar. Los propios franceses, rivales de los británicos en la carrera colonial, veían a los ingleses como los nuevos cartagineses de la historia. El feroz antisemitismo de las dos últimas décadas del siglo XIX condujo a una radicalización del modelo ario, generándose lo que Bernal denomina el modelo ario extremo.

El capítulo IX del volumen, titulado significativamente «The final solution of the Phoenician problem, 1885-1945» constituye un excelente análisis del proceso de eliminación en las corrientes historiográficas dominantes, de la influencia de los fenicios en Grecia, coincidiendo con uno de los períodos de más exacerbado y dramático antisemitismo en Europa. Los trabajos de Julius Beloch y Salomón Reinach —especialmente su conocido artículo «Le mirage oriental»— en los que negaban cualquier papel a los fenicios en la formación de la cultura europea se vieron apoyados por los descubrimientos de Schliemann en Micenas y Evans en Knossos y la aportación de Tsountas. Las tradiciones y leyendas literarias sobre la colonización fenicia en Grecia fueron totalmente rechazadas en los años 20 y 30, y el paradigma que

representaba el modelo ario quedó firmemente establecido en los círculos académicos, hasta el extremo de que aquellos investigadores que se alejaron del mismo eran desacreditados por incompetentes, y poco menos que anatemizados. En el capítulo X Bernal estudia las consecuencias de la II Guerra Mundial en el modelo ario, y constata que se produjo una moderación de las posiciones antisemitas y una reacción de algunos investigadores judíos contra el modelo ario, principalmente por parte de Michael Astour y Cyrus Gordon, reavivando la polémica del papel de los fenicios en la historia antigua mediterránea y en la de Grecia en particular. Los trabajos de estos investigadores fueron muy contestados —cuando no ignorados deliberadamente— en las décadas de los 60 y 70, aunque Bernal afirma que han contribuido a la revisión del modelo ario.

Tras este breve resumen del contenido de *Black Athena* señalaré por último algunas cuestiones formales, pero de gran trascendencia en la lectura del libro. Una es la siempre debatida edición de las referencias bibliográficas. La utilización de notas finales por el autor, en lugar de las tradicionales notas a pie de página, empleando además un sistema abreviado de citas que obliga a consultar permanentemente el apéndice bibliográfico, hacen particularmente incómoda la lectura del texto, hasta el punto de que pueden inducir al lector impaciente a prescindir del aparato crítico. Por otro lado, un aspecto muy positivo del volumen es la inclusión de un útil glosario de términos filosóficos, geográficos, históricos, etc., destinados a los lectores menos familiarizados con los temas que se estudian en el libro, y que normalmente son los más olvidados por los escritores académicos que dirigen sus páginas a un público especializado. Los apéndices se completan con un completo índice de nombres, lugares y conceptos. Por último, la bibliografía citada por Bernal es de una vastedad y de una erudición apabullantes, y demuestra la profundidad del análisis del autor, a la vez que refleja una paciente labor de muchos años de investigación.

*Black Athena* no es, desde luego, un trabajo improvisado a partir de una intuición más o menos concretada. Es el resultado de una larga maduración y de una ardua tarea de aprendizaje, eso sí, desprovista de los prejuicios que se reproducen en la enseñanza académica de cualquier disciplina<sup>2</sup>. Desde una posición personal caracterizada esencialmente por la honradez científica, aunque a veces no exenta de cierto apasionamiento que suele acompañar a la sinceridad, Bernal no sólo hace una profunda crítica al paradigma constituido por el modelo ario, sino que también ofrece una alternativa, aplicando el modelo antiguo revisado en los volúmenes 2 y 3 de *Black Athena*, sin que ello suponga rechazar de plano los avances globales de los doscientos últimos años de investigación. No obstante, la así llamada «ciencia de la Antigüedad» que, como afirmaba el historiador y arqueólogo italiano Andrea Carandini: «parecía haber sido inventada para siempre jamás», ha recibido con *Black Athena* un impacto por debajo de la línea de flotación, que amenaza con hacerla zozobrar.

Dentro de algunos años podremos comprobar si se cumple la predicción de Bernal de que el modelo antiguo revisado se discutirá en la década de los 90, para ser adoptado como nuevo paradigma en el próximo siglo. Si así fuera, sería una prueba de madurez de nuestra disciplina. Para la historia antigua, que es por lo general tan poco reflexiva

---

2. Vale la pena citar a este respecto un lúcido párrafo de la página 3 de la introducción: «It is customary for students to be introduced to their fields of study gradually, as slowly unfolding mysteries, so that by the time they can see their subject as a whole they have been so thoroughly imbued with conventional preconceptions and patterns of thought that they are extremely unlikely to be able to question its basic premises. This incapacity is particularly evident in the disciplines concerned with ancient history».

consigo misma, la publicación de trabajos como *Black Athena* debe ser siempre bienvenida y ha de contribuir a que los historiadores de la Antigüedad nos cuestionemos el sentido último de nuestro trabajo. La obra de Martín Bernal pone de relieve, una vez más, que la ciencia, y en consecuencia el conocimiento histórico, no son, ni pueden ser, neutrales; que el historiador está condicionado por su propio entorno histórico y social, y que estamos obligados a ejercer seriamente la crítica teórica y la crítica historiográfica. Ignorarlo supone la esclerosis de la disciplina, y ampararse en un pretendido y socorrido «objetivismo» empirista, el peor servicio que se puede hacer al avance del conocimiento.

En definitiva, *Black Athena* merece contar con una pronta traducción al español para ser leída y debatida por todos los que se dedican en nuestro país a estudiar la Antigüedad en cualquiera de sus facetas disciplinares o de sus ámbitos cronológicos y geográficos, y sean capaces de superar los prejuicios historiográficos de su formación académica para no rechazar el libro antes de leerlo. *Black Athena* es una obra que no puede ignorarse; de lo contrario, estaremos reproduciendo inconscientemente las fuerzas ideológicas más reaccionarias de la cultura occidental en el estudio y la enseñanza de la Antigüedad<sup>3</sup>.

José L. LÓPEZ CASTRO

NIGEL SPIVEY - SIMON STODDART, *Etruscan Italy, an Archaeological History*, London, B. T. Batsford, 1990, 168 pp., 100 ilustr. (ISBN 0-7134-6521-2)

Decía Henri-Irénéé Marrou, el gran historiador francés que para que exista historia tiene que haber documentos, sean del tipo que fueren. Quizá la mayor calamidad para el etruscólogo es no poder invocar con frecuencia este principio, pues la pérdida casi total de las fuentes escritas etruscas ha alejado de su conocimiento gran parte de la historia de este pueblo. Ante tal carencia, el investigador ha de volcar toda su atención en otras clases de datos, fundamentalmente los arqueológicos. Esta es la idea que ha servido de punto de partida a N. Spivey y S. Stoddart para la confección del presente libro, pero quizá llevándola a una interpretación extrema. Basándose casi exclusivamente en la documentación arqueológica, los autores pretenden ofrecer un cuadro más o menos completo de la civilización etrusca, abarcando un período desde el bronce final hasta los inicios de la desaparición de Etruria como nación independiente, en términos de cronología absoluta c.a. 1200-400 a. C.

El libro se estructura por temas, aunque por lo general los autores han procurado seguir cuando ello es posible un orden diacrónico. Cuenta con un total de ocho capítulos, que tratan respectivamente del entorno físico y los antecedentes prehistóricos; las características del asentamiento humano y su distribución territorial; las condiciones de subsistencia (agricultura y ganadería) y las actividades artesanales; el comercio y los intercambios; ciertos aspectos culturales, con especial incidencia en la influencia griega; algunas consideraciones rituales (ciudad, necrópolis, santuario); la

3. Tal vez no sea una casualidad que, paralelamente a la construcción de la unión económica europea y el virulento rebrote del racismo en Europa occidental durante los últimos años, se hagan desde diversos medios constantes alusiones, como referente ideal, al pasado común europeo que fue la Antigüedad clásica, e incluso que profesionales del estudio de la Antigüedad, suscriban manifiestos internacionales en defensa de sus disciplinas académicas argumentando, precisamente, la «utilidad» de ese pasado común ideal.